

CAPÍTULO XIII

Casinos y caseros.

En los casinos portugueses reina la circunspección hasta un punto inconcebible. Casi todas las señoritas asisten á las *soirées* de punta en blanco y como si fueran á un duelo; de modo que le entran á uno ganas de decirles:

—Vamos, aleje usted esas ideas tristes, ¡qué demontre!

Lo natural sería que el casino sirviese para distraer el ánimo y proporcionar á sus socios horas de solaz; pues no señor, al casino va la gente á entregarse á sus meditaciones; de cuando en cuando baila, sin perder la compostura, y vuelve á caer en la melancolía.

Los músicos tocan un vals. Un joven se acerca á una señorita, y sin perder la circunspección que le es propia, le pregunta:

—¿Quiere usted valsar?

—Sí, señor, con mucho gusto—contesta ella haciendo un gesto de profunda melancolía.

Y se pone á dar vueltas, con el rostro compungido, como si se le acabara de morir un tío carnal que la hubiese tenido en su regazo.



El que entra por primera vez en un casino no puede menos de preguntar:

—¿Qué pasa aquí? ¿Ha ocurrido alguna desgracia? ¿Por qué está tan triste esa gente?

—Es costumbre—suele contestar alguno.

Allí hay la teoría de que la juventud debe bailar, pero sin atolondramiento y sin olvidarse de que la muerte nos acecha á todos.

«El hombre es polvo y en polvo ha de convertirse.»

De día en día va aumentando la seriedad de los bailes veraniegos, y esperamos ver dentro de poco á las señoras vestidas de luto, á los caballeros cargados de crespón, cantando el oficio de difuntos.

Entonces se darán conciertos de música religiosa y no dejará de haber algún joven aficionado que cante el *Tantum ergo*, acompañándose con la bandurria.

Y hasta puede que leamos en el programa:

1.º *Las flores de María*, coro por varios señoritos tristes de Tras os Montes.

2.º Plegaria á Santa Polonia para que nos libre de los dolores de muelas, por una señorita de la Pampilhosa.

3.º Solo de piporro por un exclaustado de Salamanca.

La corrección en el traje es una de las condiciones que más resplandecen en las *soirées*.

Allí no se puede bailar con la misma ropa que se usa para ir á la playa; y el que nota en los zapatos el más ligero síntoma de descomposición, coge un cepillo y los embetuna.

Hay un joven de Villapollinos, llamado Floro, que no tiene más ropa que la puesta, y

en su deseo de presentarse aseado ante la sociedad que acude al casino, se pasa el día limpiándose el traje con la tan reputada bencina.

Al pasar por delante de su casa, dirigimos los ojos al balcón, y si en él vemos la ropa del joven puesta á ventilar, desde luego decimos:

—Floro va de baile esta noche.

Mientras dura la ventilación, el pobrecito se está en la cama estudiando el portugués por cifra, con objeto de poder declararse á una joven de Aveiro; después se pone la ropa..... y al baile.

Algunas veces le dice la de Aveiro mientras baila una mazurka:

—*Xesus! ¡qué mal xeira vosa exelencia!*

Y él, por no confesar que usa la bencina en su aseo personal, dice que aquel olor es suyo, heredado de sus mayores, y que está muy de moda en Villapollinos.

*
* *

El 31 de Agosto es la fecha marcada para la desaparición de los bañistas españoles. El 1.º de Septiembre comienzan á llegar los lusos del interior, y se posesionan de las casas que ocuparon aquéllos.

Dos días antes de que termine el plazo del alquiler se presenta el casero en la habitación del inquilino y le pregunta:

—¿Va usted á renovar el contrato por el mes de Septiembre?

Si el inquilino dice que sí, puede continuar dedicándose á sus asuntos domésticos; pero si contesta que no, desde aquel momento tendrá que abrir su casa á otros bañistas que desean alquilar la vivienda, y antes quieren enterarse de sus condiciones íntimas.

Cuando el inquilino esté en paños menores, verá aparecer por las puertas una numerosa familia que va á ver el cuarto y á examinar las habitaciones, sin cuidarse de si están desocupadas ó no.

El año pasado estaba yo en la cama sudando una angina catarral, y se me presentaron en la alcoba tres señoritas con sus papás y un sacerdote portugués, sobrino de todos ellos. Examinaron los muebles, sin dirigirme el más ligero saludo; tentaron los colchones, registraron el cubo y la jofaina, olieron el jabón, creyendo que también pertenecía al casero, y después se marcharon todos juntos, haciendo comentarios sobre mi conducta.

—¡Las nueve de la mañana y ese hombre

sin levantarse todavía!—iban diciendo por el pasillo.

Enseguida entró el casero y me hizo ver que aquellas no eran horas de estar acostado, y añadiendo que me vistiese á toda prisa por si entraban otras personas á visitar el cuarto.

—No me siento bien—hube de decirle.



—Pues estos días no puede usted estar malo, porque no es cosa de que entren las familias y le vean á usted las carnes.

—Me taparé.

—No es posible. ¡Arriba, arriba!

Y tuve que levantarme á medio sudar, y me senté encima de la cama esperando que entra-

sen otras señoritas, como así sucedió. Al otro día terminaba el alquiler de la habitación, y aún no eran las cinco de la madrugada, y vino el casero con una escoba y se puso á barrer toda la casa.

—¿Qué hace usted?—le dije.

—Estoy limpiándolo todo, porque á las doce entran aquí los nuevos inquilinos.

—¿Y qué hago yo?

—Usted sabrá. ¿No le he preguntado con la debida anticipación si deseaba alquilar la casa por el mes de Septiembre? Usted me dijo que no; con que.....

Vime en la necesidad de meterme en una fonda y dí gracias á Dios por haberla encontrado, que si no, hubiera tenido que irme á vivir al muelle, con toda mi familia, en clase de carabnero nocturno.....



CAPÍTULO XIV

Rarezas.

Á las playas portuguesas acuden muchos *brasileiros* acaudalados y color de chocolate, con múltiples joyas en la pechera, en la corbata, en los dedos y en el chaleco. He visto uno en Espinho que lucía un brillante en el meñique del tamaño de una almeja. Nos miraba á todos con desdén, y á cada paso sacaba el reloj, que parecía una tetera cuajada de piedras preciosas, para que le tuviéramos envidia.

Caminaba con la prosopopeya de un milord, pero movía los pies con cierta dificultad.

—Es un millonario *brasileiro* — nos dijo uno.—Cobra una renta colosal y tiene una fortuna inmensa en alhajas.

—Noto que anda con alguna dificultad. ¿Es cojo?

—No, señor; es que lleva sortijas de brillan-

tes en los dedos de los pies. El colmo del lujo.

Su mujer, que tiene una gran semejanza con una mona del Retiro, jaula núm. 4, entra en el mar con traje de raso, diadema de pedrería y brazaletes. La acompañan una negra y dos



cotorras, una de las cuales canta *fados* mientras su dueña toma el baño, y la otra reza sus oraciones con la negrita.

El marido, entre tanto, contempla á su carmitad desde una especie de trono que se ha mandado construir en la playa.

—¿No se baña usted?—le pregunta uno. Y él contesta desdeñosamente:

—*Nao; iste mar e muito piqueno.*

*
**

Entre los bañistas del país hay tipos muy curiosos. En su mayoría se distinguen por la corrección del traje y por su aspecto de grandes señores.

Cuando pasean en la plaza, parece que dispensan un gran favor á las baldosas al ponerles el pie encima, y no se quitan los guantes ni aun cuando se afeitan.

En fin, parece que vive uno entre príncipes y magnates, y á lo mejor llevamos unos camellos horribles. Vemos un caballero de mirada altiva, con aire de hombre superior, y preguntamos:

—¿Es algún Par del Reino?

—No, señor—responde un hijo del país.—

Es un procurador de Braga, que tiene casa de huéspedes.

En Portugal hay algún hombre público importante que se baña con los atributos correspondientes á su rango y sin perder nada de lo que constituye su alta jerarquía. Si tiene la

cruz de Cristo ó la de Villaviciosa, entra en el agua con la condecoración cosida al traje, para que le respetemos todos; y los bañeros, al verle, tocan la marcha real portuguesa.



En cambio, el conde de Casa-Pérez, español, que veranea todos los años en Figueira y dicen si tiene ó no relaciones con la criada, se baña envuelto en un refajo. Yo, al verle, he sentido que el rubor coloreaba mis mejillas, en mi calidad de español, porque ¿qué idea se formarán los portugueses de nuestra aristocracia?

Ya saben que una de nuestras primeras duquesas ha estado en la cárcel; luego han visto que un conde se baña cubierto con un refajo, y mañana sabrán que un marqués, muy conocido en la corte, se queda con las cucharillas de los banquetes..... Mi espíritu patriótico pa-

dece ante estos hechos que comentan á su gusto los lusitanos, y nada tendrá de particular que por defender á mi patria tenga que pelearme el mejor verano.

En el extranjero nota uno que se le excita el sentimiento de la patria. Todo desde allí resulta amable, y daríamos cualquier cosa por poder abrazar á Pepito Carulla.

Por lo demás, Portugal es encantador y el verano se pasa deliciosamente.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XV

Cuestión de temperamento.

Ya dije en otro capítulo que los portugueses son cariñosos, atentos y bien educados, pero cachazudos como ellos solos.

Para que le sirvan á uno café, hay que pedirlo media hora antes, y si se va uno á afeitarse, tiene que decirle al barbero en tono suplicante:

—¡Por la Virgen Santísima! Despache usted lo antes posible, que me están esperando para una boda.

Pero todo es inútil; no hay poder en el mundo que saque de su paso á un portugués.

Allí todo se hace con calma: los gasistas invierten media hora en encender las lámparas del teatro, los zapateros emplean catorce días en echar medias suelas á unas botas, y las mujeres necesitan once meses y medio para

salir de su cuidado. Toda gestión es allí laboriosísima.

El mismo día que llegué fui á encargár un flan en una confitería. Llevaba allí dos meses y la víspera de mi viaje de regreso fué á mi casa un dependiente, diciendo:

—Vengo á saber si el flan lo necesita usted para ahora, ó si le es á usted lo mismo esperar hasta el mes que viene.

La mejor prueba de lo cachazudos que somos la proporcionan todos los días en la ruleta y el monte. Allí están tranquilos, suceda lo que suceda, y lo más que hacen, cuando viene la contraria, es lanzar un suspiro entrecortado.

Las cartas tienen nombres muy raros: al dos le llaman *duque*; al seis, *sena*; al cuatro, *cuadra*; al caballo, *valet*, y otras extravagancias de este tenor.

De manera que no es raro oír preguntar al banquero:

—¿A dónde quiere usted ir?

Y que conteste el punto:

—Yo voy á la cuadra.

*
* *

Su temperamento pacífico no les impide, sin embargo, entregarse al vals. El vals constituye su delicia, y hay hombre severo, de pronunciado abdomen y venerable calva, que coge á una señorita por su cuenta y se está bailando media hora con el mismo ardimiento que si fuese á ganar una batalla.

Así como en España decimos: «Fulano es un gran banderillero, ó un gran orador, ó un gran matemático.» dicen allí elevando los ojos al cielo y arqueando las cejas, en señal de profunda admiración:

—¡Oh! ¡Fulano! Fulano es un gran valsista.

En el casino baila todas las noches un respetable magistrado que tiene ocho nietos, el menor de catorce años, y él estuvo dos veces á la muerte, á causa de su mucha edad.

—Es un gran valsista—nos dijo un yerno suyo, coronel veterano.—En Espinho ganó un premio la semana pasada.

—¿Pues qué hizo?

—Estuvo bailando desde las diez de la noche hasta las cinco de la mañana con una señorita coja, y le sacaron del baile en hombros, y la sociedad *Terpsicore Lisbonense* le condecoró con la cruz de la Resistencia coreográfica.

Uno de los títulos que allí se ostenta con mayor orgullo es el de «director de cuadrilla.» Hay unas cuantas personalidades más ó menos jóvenes, que se dedican á dirigir rigodones, y desempeñan su misión con una gravedad solo comparable á la del presidente del Tribunal Supremo.

Comienza el rigodón y todas las miradas se fijan en el jefe, esperando que dé sus órdenes inapelables.

—*Premiere partie, En avant: quatre au côté traversez*—dice el presidente con acento imperativo.

Y todas las parejas obedecen.

—*Seconde partie. La meme chose.*

Y las parejas laterales repiten la operación, como movidas por un resorte.

El jefe continúa dictando leyes supremas que nadie osa desobedecer, y al final es felicitado calurosamente por damas y galanes, que elogian su mérito y halagan su amor propio.

Hay en Figueira un «director de cuadrilla» que es una notabilidad. Antes de dirigirse pone los guantes y bebe una copa de vino de Oporto, después elige parejas entre las señoritas más hermosas, y acto seguido comienza á dar voces.

Dícese que se han reunido unos cuantos bailarines para hacerle un obsequio como recompensa á sus afanes.

Probablemente le regalarán un jamón en dulce de honor, que es uno de los presentes que más se estiman en Figueira.



Desde que visito á Portugal no he presenciado ningún suceso desagradable. La gente es por demás pacífica y á lo sumo se pelea dirigiéndose frases duras.

—*Você nao ten vergonha*—dice uno.

—*Você é un garoto*—contesta el contrin-cante.

Pero no salen á relucir las armas blancas, ni las de fuego, ni siquiera los puños; y es porque allí por cada bofetada hay que pagar una libra esterlina de multa.

De modo que se incomoda usted con cualquiera, y lo primero que hace es echar la cuenta de los *reis* que podrá costarle aquel jaleo. Así es que la mayoría de los que regañan, antes de levantar la mano, preguntan á la autoridad:

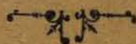
—Diga usted, ¿no me rebaja usted nada?

—Es precio fijo—contesta el agente de policía.

—Pues no estoy dispuesto á hacer gastos—replica el contrincante, y se mete la mano en el bolsillo.

Así y todo, el año pasado un bañista perdió la paciencia, y arrojándose sobre un cochero que le había cobrado de más, le atizó cuatro bofetadas diciendo:

—Tome usted, tome usted diez y ocho duros, y no le doy á usted más por no cambiar un billete.



ÍNDICE

	<i>Páginas</i>
Pórtico	5
Capítulo I.—Cómo se viajaba antes.	7
— II.—Espinho.	13
— III.—Granja, la playa aristocrática.	19
— IV.—Oporto, siempre alarmado.	27
— V.—Figueira da Foz.	33
— VI.—Amieira.	39
— VII.—El fénix de los carteros.	47
— VIII.—Del pudor y otras cosas.	53
— IX.—El barbero.	61
— X.—Lo característico.	67
— XI.—Ciencias, historia, arte, etc.	75
— XII.—Los fondistas.	83
— XIII.—Casinos y caseros.	91
— XIV.—Rarezas.	99
— XV.—Cuestión de temperamento.	105